Ellos aquí, bebiendo paz de cielos.
Ésa fue, piedra y lastras, su cabaña.
Pero tú arriba, a coronar la braña,
niño de ojos de lince y sin gemelos.

Arriba, más arriba. La pedriza
y la arista de piel resbaladiza
vencí descalzo. Salve, peña Labra.

Picos de Europa, albricias, que allí ondea,
blanca entre azul y azul —bendita sea—
mi Santander, mi cuna, mi palabra.

(*Mi Santander, mi cuna, mi palabra,* 1961 [1949])

[LXXX]

ESTOY OYENDO CANTAR A UN MIRLO

A Miledda D'Arrigo

Estoy oyendo cantar a un mirlo.
Canta el mirlo perchado allá arriba en el cedro.
Canta el mirlo escondido en el paraíso terrenal.
Adán y Eva gozaron de este mismo mirlo
que me vierte gotas, perlas de siglos deshiladas en
música sin nubes.

Estoy oyendo cantar a un mirlo.
Estoy oyendo cantar al mirlo de mil novecientos cinco
en el magnolio de lustrosas hojas
que brillan a la luz como sus plumas.
Estoy oyéndole cantar detrás de éste, dentro de éste.
¿Dos o uno?

Se llamaba Wolfgang. No. Se llamaba Franz.
No. ¿Se llamaba Mirlo, Merle, Merlín? No. Se llamaba
—negro en verde como mirlo en magnolio, como seis
letras mayúsculas en cuaderno de música—
se llamaba Chopin.

Estoy oyendo cantar al mirlo en mi memoria.
En el fondo del pozo de mi memoria,
en la fronda del bosque de mi memoria,
otra vez en el fondo del pozo de mi memoria,
allá por mil novecientos cinco,
que es adonde alcanza el carrillo del pozo chirriando,
que me extrae chorreando agua y brillo de agua de
plumaje negro,

brillo de sol bemol o luna sostenida,
cubo fresco y profundo de agua de siglo, de agua de
mirlo, de agua purísima de Purísimo Chopin.
Y estoy oyendo cantar a un mirlo.

Y estoy oyendo cantar a un mirlo.
Desde mi balcón, ahí enfrente, escondido en el

heredado cedro del paraíso,
Y cierro los ojos y distraigo los oídos
y estoy oyendo
cantar a un mirlo
distinto aunque el mismo,
disfrazado de plumas de vals, de polonesa, de
mazurka.
Pero es un mirlo.
Un mirlo con su pico
clava —exactamente superpuestos— todos los siglos.
Estoy oyendo cantar a un mirlo
tan gigante que parece un águila,
águila huracanada que se nos viene encima
como la catarata rabiosa de la mano izquierda en el
estudio de Polonia destrozada.

Y ahora es un mirlo de colores que se ha quitado el
luto
para silbar mazurkas
y aprender lazos, quiebros, mudanzas y batahola
de las garridas muchachas de Zelawola-Wola.

Estoy oyendo cantar a un mirlo,
un Purísimo Mirlo que su pico suaviza
para hacernos dormir dormir dormir
soñando mirlo bebiendo mirlo dulcísimo de berceuse,
navegando mirlo de exaltada y fastuosa barcarola.
Estoy oyendo cantar al felicísimo Merlo Spianato en
su Boboli Napoli (oh Vincenzo,

oh merlísimo y bellísimo Bellini)
y acariciar cantando
en andas, en volandas del andante,
la melodía del mirlar más puro.

Y estoy oyendo cantar a estotro mirlo,
el mirlo del jardín de colegialas
con fondo de mirada —negro brillar de mirlo en la
mirada—
de mirada de primera novia,
el mirlo, el mismo mirlo —oh maravilla,
oh dicha adolescente, embriaguez coincidida de
música y de novia—.
Mía es la vida, la ilusión verde y rosa en sostenidos de
impromptu,
mío el mirlo de raptos y éxtasis, mirlo místico
inmóvil abanicándose en el aire.
Y yo cantando los celestes compases,
tocándolos al aire,
naciéndome poeta bajo la delicia
febreril y cantábrica del oblicuo chubasco.

Estoy oyendo cantar a un mirlo,
a mil mirlos que se engarzan en descendente hélice
irisada
de caprichosa, inversa, salomónica armonía,
al mirlo Mil y Uno
del estudio en fa —redoredosido la sol fa do— en su
última página,

a ese mirlo que entra y sale burlándose y riéndose,
creando y descreando sus acordes velocísimos
posibles e imposibles,
arpegiando el vuelo para que el canto se transparente
al trasluz de oro
(oh soñador fraterno, mi vehemente, mi predemente
Schumann)

para que lo instantáneo se haga eterno y lo eterno
instantáneo
y el viento esculpa al viento.

Estoy oyendo y estaré oyendo siempre
a este mirlo de esta tarde, de aquella aurora,
a este uno y mismo federico mirlo, Purísimo Chopin,
mirlo negro, rosa y verde de mi eternidad.

(*Nocturnos de Chopin. Paráfrasis románticas,* 1963)

[LXXXI]

LECCIÓN DE MUERTE EN COPLAS

Ciudad de la buena muerte,
de la muerte sorbo a sorbo,
paladeando su espumilla
y su aroma agraz y oro.